

OTOMÍES

DEL PUEBLOS INDÍGENAS
MÉXICO CONTEMPORÁNEO



PUEBLOS INDÍGENAS DEL MÉXICO CONTEMPORÁNEO

COORDINACIÓN ACADÉMICA

Enrique Serrano Carreto

Lilia Cruz-González Espinosa

CONSULTORÍA EN DEMOGRAFÍA

Constanza Rodríguez Hernández

SISTEMA DE INFORMACIÓN GEOGRÁFICA

Verónica Gámez Montes

José Alberto Salas Serrato

Laura Virginia García Vidales

SERVICIOS DE INFORMACIÓN Y CÓMPUTO

Eduardo Bello Jiménez

Patricia Moreno Hernández

María de Lourdes Ayala

Blanca Ramírez Martínez

NOTA SOBRE EL AUTOR

Guadalupe Barrientos López es antropóloga con estudios de maestría y doctorado en historia y etnohistoria por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, con investigaciones etnográficas y etnohistóricas en los grupos de cultura otomiana del Estado de México.

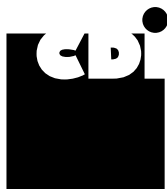
Fotografía 1a de forros y portada: "Danza de Pastoras". Jiquipilco, Estado de México.

Fotógrafo Jorge Pascual, 2002. Acervo personal.

Fotografía página 5: Detalle de la fotografía en pág. 17.

OTOMÍES DEL ESTADO DE MÉXICO

GUADALUPE BARRIENTOS LÓPEZ



COMISIÓN NACIONAL
PARA EL DESARROLLO
DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS



CDI
972.004
C65
OTOMÍ
EDO. MEX.

Barrientos López, Guadalupe

Otomíes del Estado de México / Guadalupe Barrientos López. – México : CDI : PNUD, 2004.

31 p. : maps., retrs., tabs. – (Pueblos indígenas del México contemporáneo)

Incluye bibliografía

ISBN 970-753-024-3

1. INDIOS DE MÉXICO (ESTADO) – OTOMÍES 2. OTOMÍES (DEL ESTADO DE MÉXICO) – HISTORIA 3. OTOMÍES (DEL ESTADO DE MÉXICO) – CONDICIONES SOCIOECONÓMICAS 4. OTOMÍES (DEL ESTADO DE MÉXICO) – MIGRACIÓN 5. OTOMÍES (DEL ESTADO DE MÉXICO) – RITOS Y CEREMONIAS 6. OTOMÍES (DEL ESTADO DE MÉXICO) ORGANIZACIÓN SOCIAL 7. OTOMÍES (DEL ESTADO DE MÉXICO) – ASPECTOS RELIGIOSOS 8. DANZAS OTOMÍES 9. MOVIMIENTOS INDÍGENAS – OTOMÍES 10. IDENTIDAD ÉTNICA I. t. II. Ser.

D.R. © 2004 Guadalupe Barrientos López

Primera edición, 2004

D.R. © 2004 Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas

Av. Revolución 1279, Colonia Tlacopac, Delegación Álvaro Obregón,
C.P. 01010, México, D.F.

D.R. © 2004 Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo

Av. Presidente Mazarik 29, Colonia Chapultepec Morales, Delegación Miguel Hidalgo,
C.P. 11570, México, D.F.

ISBN 970-753-024-3/ Otomíes del Estado de México

ISBN 970-753-006-5 / Pueblos Indígenas del México Contemporáneo

<http://www.cdi.gob.mx>.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables. La persona que infrinja esta disposición se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

Impreso y hecho en México

OTOMÍES DEL ESTADO DE MÉXICO



AL IGUAL QUE OTROS GRUPOS INDÍGENAS, LOS OTOMÍES, O ÑĀĤŃŨ,¹ NO OCUPAN UN TERRITORIO CONTINUO sino que se encuentran dispersos en varios estados de la República mexicana: Estado de México, Querétaro, Hidalgo, Puebla y Veracruz; en Tlaxcala se localiza el pueblo otomí de Ixtenco y en Guanajuato existen pueblos de origen otomí en los que su lengua casi ha desaparecido; el Distrito Federal registra también hablantes de otomí, debido a la migración.

Los otomíes del Estado de México han compartido por mucho tiempo el territorio con otros grupos como los matlatzicas, los mazahuas, los nahuas y los ocuiltecos. Compartir el territorio es compartir la historia, lo que ha derivado en una afinidad cultural muy marcada. Los otomíes se encuentran dispersos en varios municipios del estado, y según los censos oficiales aquellos donde se asienta un número significativo de hablantes de lengua

¹ En este trabajo retomamos la propuesta de James W. Dow, quien utiliza la palabra ñāĥŃŨ para referirse al grupo otomí. Aunque existen organizaciones indígenas, como el Consejo de la Nacionalidad Otomí, que escriben ĥñātho ĥñāĥŃŨ y también ñātho ñāĥŃŨ.

Los otomíes se nombran a sí mismos *ñähñu*, que significa “los que hablan otomí”.

otomí son: Toluca, Temoaya, Acambay, Jiquipilco, Morelos, Otzolotepec, Lerma, Chapa de Mota, Aculco, Amanalco, Temascalcingo, Huixquilucan, Xonacatlán y Atizapán de Zaragoza. Aunque en los municipios de Zinacantepec, Timilpan y Ocoyoacac, el número de hablantes otomíes ha disminuido, sus prácticas sociales y religiosas, al igual que su manera de concebir y organizar la vida en colectivo, mantienen un fuerte vínculo con la cultura otomiana. También debemos tener en cuenta que muchos habitantes de los pueblos de la región siguen considerándose otomíes aun cuando ya no hablan la lengua. Por otro lado, existen municipios como Naucalpan, Ecatepec, Nezahualcóyotl y Tlalnepantla que albergan población otomí por efectos de la migración. La población total de hablantes otomíes en el Estado de México supera los 100 mil (véase cuadro en la p. 31).

Es importante señalar que aunque los criterios de identificación lingüística han variado, el dato lingüístico sigue resultando insuficiente, en tanto deja de lado una gran cantidad de individuos que, si bien ya no hablan la lengua indígena, continúan parti-

cipando de una cultura local que conserva particularidades semejantes a la cultura de quienes aún hablan su lengua materna. El otomí está considerado como una lengua tonal, cuyas variantes dialectales dependen de su distribución geográfica. De acuerdo con la clasificación lingüística, el otomí, junto con el mazahua, el pame, el ocuilteca, el chichimeca-jonaz y el matlatzinca, pertenece a las lenguas otomianas, las cuales a su vez pertenecen a la rama otopame de la familia otomangue.

Los otomíes se nombran a sí mismos *ñähñu*, que significa “los que hablan otomí”. La palabra otomí es de origen náhuatl (singular: *otomitl*, plural: *otomí*); pasó al español bajo las formas otomí (plural otomíes), othomí, otomite, othomite. Según algunos autores, *otomitl* provendría del náhuatl *otocac*, “que camina”, y *mitl*, “flecha”, porque, supuestamente, los otomíes, grandes cazadores, caminaban cargados de flechas. También fue usado en términos despectivos por los aztecas, como sinónimo de sucio y flojo, pero la enorme capacidad en el trabajo y la creatividad que a través del tiempo han demostrado los pueblos *ñähñu* deja sin



El hábitat serrano de los otomíes.
Jiquipilco, Estado de México.
Fotógrafo Jorge Pascual, 2000.
Acervo personal.

sentido tal definición. Recordemos que los mexicas mantuvieron constantes campañas de conquista en esta región otomí y encontraron una gran resistencia. Una estrategia para dominar a un pueblo es definirlo por principio como inferior; de esta manera se justifica su sometimiento.

El hábitat por excelencia de los ñāhñu se encuentra en las tierras altas; sus espacios ecológicos son variados, pues los valles se alternan con zonas boscosas y de montaña. En el Estado de México identificamos principalmente dos regiones: el Valle de Toluca y el de Ixtlahuaca, continuación del primero, y la Sierra de las Cruces; consideradas tierras frías, ambas regiones poseen un clima subhúmedo y frío, con una estación de lluvias de mayo a octubre.

El Valle de Toluca, la planicie más elevada de todo México —en algunos lugares alcanza 2,683 metros sobre el nivel del

mar—, tiene una longitud de 110 kilómetros y una superficie de 4,500 kilómetros cuadrados. Es un valle estrecho y alargado, orientado de sureste a noroeste, punto por el que se comunica con El Bajío. Por los otros costados está rodeado de montañas, de las que descienden infinidad de barrancas y arroyos que desembocan en el río Lerma, eje del Valle.

Esta zona abarca los valles semifríos del Alto Lerma —valles de Toluca y de Ixtlahuaca-Atlacomulco— y las zonas montañosas y de antiguas vegas inmediatas al volcán Chicnauhtécatl (Nevado de Toluca), sobre todo en sus partes este y sureste. El Altiplano fértil de Toluca, ha sido siempre una encrucijada de pueblos. Aquí, los otomíes comparten territorio con mazahuas y matlatzincas, principalmente. Los otomíes rodean Toluca al este y al oeste; se extienden en toda la mitad de los llanos, uniéndose

El valle de Ixtlahuaca, límite entre otomíes y mazahuas. Estado de México.
Fotografía Guadalupe Barrientos, 1999.
Acervo personal.



8

en la ladera de la Sierra de las Cruces con los otomíes de esta región. Ya en el Valle de Ixtlahuaca, se encuentran en lugares como Jiquipilco, repartiéndose en pequeños pueblos. Asimismo, se localizan al este de Ixtlahuaca, mientras que los mazahuas se ubican en el oeste. Hacia Atlacomulco y San Bartolo Morelos se encuentran poblados ya sea otomíes (San Andrés Timilpan) o mazahuas (Santiago Acuíxilapa, El Oro).

La Sierra de las Cruces es una cadena montañosa que separa el Valle de México del de Toluca. Sus montañas van cortando el Altiplano en pequeños compartimentos y los puertos alcanzan más de 3,000 metros. La cadena se extiende en dirección

norte-noroeste aproximadamente 70 kilómetros, separando los altiplanos de Toluca y de Ixtlahuaca del Valle de Cuautitlán —al oeste—, y del de Huehuetoca —al este—. Las pequeñas sierras de Jilotzingo y San Andrés forman el límite oriental del Valle de Toluca, y desde ellas se puede apreciar cómo la población otomí se descuelga por las dos vertientes. Por un lado cae dentro del Valle, por el otro, se acomoda a lo largo de varias cañadas que, más abajo, se reúnen en el río Tula.

Los ñāhñu conservan espacios ecológicos vitales donde establecen una relación recíproca con la naturaleza, desarrollando ya sea la agricultura, el turismo ecológico o la fabricación de carbón. No obstante, el asentamiento de zonas industriales y urbanas, muy amplias en estos espacios, hace que los indígenas estén en contacto constante con el medio urbano.

Los otomíes comparten territorio con mazahuas y matlatzincas.

ENTRE LA MILPA Y LA CIUDAD

La acelerada industrialización y urbanización del Estado de México y del país, a partir de la cuarta década del siglo xx, ha alterado de forma drástica el hábitat milenario de los ñāhñu y ha transformado sus formas de vida. Este rápido proceso de industrialización de la zona los ha llevado a combinar su tradicional actividad agrícola con otros trabajos. El llamado Corredor Industrial Lerma-Toluca, establecido en 1940, que además de la capital del estado, de Lerma y de San Mateo Atenco, abarca Zinacantepec y Huixquilucan, se ha convertido en un importante polo de atracción para el resto de los habitantes del Valle de Toluca. Muchos de los obreros que trabajan en alguna de las numerosas fábricas del corredor deben emprender diariamente un viaje hacia dicha zona.

Otro importante foco de desarrollo es el Corredor Industrial Pastejé, que se ubica en la parte norte, en la extensión del Valle hacia Atlacomulco y Jocotitlán, en los antiguos terrenos de la ex hacienda de Pastejé, de la cual tomó el nombre. Los municipios de Jocotitlán, Ixtlahuaca, Atlacomulco y San Bartolo Morelos son las principales fuentes proveedoras de obreros para este complejo.

A pesar del impacto que este proceso de industrialización ha tenido en la población otomí, la actividad agrícola sigue sien-

La acelerada industrialización y urbanización del Estado de México ha alterado de forma drástica el hábitat milenario de los ñāhñu y ha transformado sus formas de vida y su tradicional actividad agrícola.

do de central importancia para los habitantes de los valles semifríos del Estado de México. En la organización familiar prevalece el sentido de una unidad amplia, cuyos integrantes participan de diversas maneras en la aportación de recursos económicos. De esta forma, algunos de sus miembros se pueden dedicar al cultivo de las milpas, de las que obtendrán, además de forraje para los animales, el maíz y frijol necesarios no sólo para el autoconsumo de un año, sino también para la elaboración de productos alimenticios para su venta en los mercados de las ciudades de Ixtlahuaca, Toluca, México y otros centros urbanos. Muchas veces, la responsabilidad del trabajo agrícola (y la venta de sus productos) recae en las mujeres, quizás debido a la migración temporal de los varones. La cría de ganado ovino y otros animales completa la actividad económica. En algunos pueblos, la artesanía también provee de ingresos im-



Mujer mostrando el uso del malacate.
Jiquipilco, Estado de México.
Fotógrafo Jorge Pascual, 2001.
Acervo personal.

portantes, sobre todo en lo que se refiere a la elaboración de productos de lana. En Temoaya, por ejemplo, durante la década

de los setenta se instalaron talleres de tapetes anudados, actividad que se mantiene a la fecha, realizada fundamentalmente por mujeres. En este municipio también se tejen fajas y enredos (chincuetes), que son parte de la vestimenta de las mujeres. Otra prenda esencial son los rebozos, los cuales provienen de Tenancingo y pueden adquirirse en los mercados regionales.

Los miembros de la extensa familia aportan recursos monetarios adicionales trabajando como obreros o en el servicio doméstico, al igual que recorriendo los pueblos de la región para vender frutas, pequeñas manufacturas de madera, artículos para limpieza o productos industriales, como escaleras y anaqueles metálicos. En la actualidad, podemos observar el flujo de trabajadores que se emplean de lunes a viernes en algún centro urbano, y regresan el fin de semana a los pueblos del Valle de Toluca y de la Sierra de las Cruces. Algunos pueblos de la Sierra de las Cruces han desarrollado en sus terrenos ejidales y comunales espacios de servicios al turismo, como es el caso de La Marquesa, ubicada

En la organización familiar prevalece el sentido de una unidad amplia, cuyos integrantes participan en la aportación de recursos económicos.



Vivienda y parcela después de recoger el rastrojo. Jiquipilco, Estado de México.
Fotógrafo Jorge Pascual, 2001.
Acervo personal.

a 5 kilómetros al norte de San Jerónimo Acazulco, del municipio de Ocoyoacac. Para los habitantes de este lugar, el turismo es la principal actividad económica. De acuerdo con Alma Mancilla y Héctor Chapa, esta actividad inició desde los años cuarenta y ha ido incrementándose al paso de los años. Estos lugares son visitados los fines de semana por familias provenientes de la ciudad de México y de Toluca; la venta de alimentos, la pesca deportiva, la renta de caballos y de motos, al igual que los paseos en lancha son los principales servicios

que se ofrecen. San Jerónimo Acazulco ha dividido el ejido y los terrenos comunales de La Marquesa en los llamados “valles”, que tienen su propia organización comunitaria, presidida por un comité electo por votación. Este comité, cuyas autoridades están subordinadas a las autoridades ejidales y comunales, organiza las faenas necesarias para el mantenimiento de los bosques. Es importante señalar que la organización comunitaria de San Jerónimo es sólo un ejemplo del tipo de vínculos sociales que aún prevalecen en muchos pueblos otomíes.

EL TRABAJO EN LA MILPA

La actividad agrícola, que gira en torno al cultivo del maíz, está íntimamente ligada a los ciclos ceremoniales. Las familias otomíes organizan sus actividades alrededor de los ciclos de cultivo y cosecha. Aunque existen zonas de riego, la mayoría de las tierras son de temporal; así la alternancia entre la temporada de secas y la de lluvias determina la organización de la actividad agrícola. En estas tierras altas y frías, las lluvias empiezan en mayo o, si vienen tarde, en junio; de ahí que las labores de preparación del terreno inicien en marzo y abril. Las primeras ceremonias del año tienen que ver con la petición de lluvias; una de ellas —posterior a la bendición de las semillas para la siembra, que tiene lugar el 2 de febrero, día de la Virgen de la Candelaria— es la peregrinación al santuario del Señor del Cerrito (Ixtlahuaca), llamado también el “Señor de las Aguas”, en la que participan numerosos pueblos otomíes.

En mayo, cuando las planicies y cerros reflejan la sequedad del ambiente, tiene lugar, el día 3, la fiesta que anuncia la proximidad de las lluvias. Los santuarios de la región se animan con los festejos de la Santa Cruz; la siembra de temporal empezará después de las primeras lluvias. Los meses de mayor precipitación pluvial son junio, julio y agosto, y los de menor, noviembre y febrero. En el periodo de lluvias, las pe-

queñas lagunas empiezan a proliferar en las planicies. En algunos pueblos se cosechan los primeros elotes en el mes de agosto, ocasión en la que las familias realizan la bendición de las milpas y organizan una comida alrededor de los sembradíos. El 15 de agosto, día de la Virgen de la Asunción, es la fiesta de los primeros frutos. A mediados de octubre caen las últimas lluvias, marcando el fin de la temporada y el comienzo de la época de secas. Las heladas, durante los meses de noviembre a marzo, son una amenaza constante para los cultivos de los otomíes. Los preparativos de la cosecha están enmarcados por los festejos de San Miguel y del Día de Muertos. Ya en el mes de diciembre, las familias empiezan a levantar los “cincolotes” —estructuras rectangulares de madera en las que depositan las mazorcas ya cosechadas. Para tal efecto, se escogerá a un padrino, se bendecirá el cincolote y se le colocará una cruz en lo más alto. En enero se despliega una gran actividad en todos los pueblos otomíes, pues se recoge el rastrojo ya seco y se almacena como forraje para los animales. La fiesta del 6 de enero en el santuario de la Capilla (Jiquipilco) y la de la Virgen de la Candelaria, el 2 de febrero, anuncian los preparativos para el nuevo ciclo. El ritmo de la naturaleza y su relación con los hombres marca el flujo y reflujo de la actividad en esta región indígena.



Cincolote. Jiquipilco, Estado de México.
Fotógrafo Jorge Pascual, 2002.
Acervo personal.

Así, los otomíes se mueven entre el empleo como obreros industriales, albañiles, servidores domésticos o pequeños comerciantes en los grandes centros urbanos e industriales de la zona y de la ciudad de México, y su empecinado trabajo en las tierras de cultivo.

LA MIGRACIÓN. IDA Y RETORNO

El impacto de la industrialización del Valle de Toluca y del área conurbada de la ciu-

dad de México en los grupos otomianos es innegable. El crecimiento industrial y urbano ha creado un mercado de trabajo que representa una opción para quienes han visto afectada su economía por los cambios en los precios internacionales de los productos agrícolas y la variabilidad en la demanda de los productos artesanales campesinos. Para muchos indígenas, la migración es una parte integral de sus vidas. El fenómeno migratorio se refleja en la población reportada por los censos para el Distrito Federal, para el municipio de Netzahualcóyotl, Naucalpan y Tlalnepantla. La ciudad de México y las zonas industriales del Estado de México se han convertido en centros de atracción. Dentro del Estado de México, los principales municipios expulsores de población otomí hacia el Distrito Federal son los siguientes: Timilpan, Temoaya, Jiquipilco y Acambay.² Los trabajos que desempeñan en la capital están relacionados con la albañilería, el trabajo doméstico, la seguridad pública y privada, y el comercio ambulante (artesanías de manufactura casera o pequeños puestos de frutas y verduras o de dulces). Tanto en el trabajo doméstico como en el comercio ambulante están

² "Diagnóstico, situación de pueblos indígenas originarios y poblaciones indígenas radicadas en el D.F.", Dirección de Atención a los Pueblos Migrantes Indígenas del Distrito Federal, junio de 2001.

a cargo de las mujeres. La migración fuera del país, aunque menor que la interna, empieza a sentirse en municipios como el de Jiquipilco, donde los jóvenes emprenden el riesgoso viaje hacia Estados Unidos. La migración como una estrategia que permite la reproducción del grupo familiar, también genera cambios y rupturas en el interior de las comunidades. Para enfrentar estos efectos, las comunidades desarrollan lazos de solidaridad que funcionan en diversos ámbitos de su vida social. A través de los lazos familiares y del compadrazgo ritual (mayordomías), los miembros de las comunidades establecen una red de relaciones sociales en la ciudad, que les permite colocarse en determinados trabajos. La migración provee de recursos para la reproducción social y cultural. Es decir, los migrantes invierten parte de sus ganancias en la compra de insumos e instrumentos agrícolas, en el pago de peones que los sustituyen en las faenas

o en la compra de artículos para el comercio. En grado significativo, estos ingresos financian la intensa vida ceremonial que llevan a cabo durante todo el año. De esta manera, al fortalecer los lazos dentro de las comunidades y apuntalar la actividad agrícola, cuyo papel es central en la vida ritual y en la cosmovisión de estas comunidades, se amortiguan los efectos negativos de la migración.

VIDA CEREMONIAL Y COSMOVISIÓN

Una de las estrategias de los otomíes para asegurar su continuidad como cultura, que incide en todos los demás ámbitos de la existencia social, es la compleja vida ceremonial. Ésta se expresa a través de un rico calendario de fiestas y de una complicada red de santuarios conformada por numerosos puntos sagrados que se conectan por el peregrinar de hombres y mujeres. La vida ceremonial se manifiesta en el culto a los santos patronos, en los santuarios regionales y, además, en los oratorios familiares, culto que aún pervive en la región.

Las fiestas de los santos se enmarcan en el calendario católico y tienen, como ya vimos, un fuerte vínculo con los ciclos agrícolas dentro de una antigua tradición mesoamericana. Los otomíes festejan a la Santa Cruz, a las vírgenes de la Concepción, de Loreto, de la Asunción y de Gua-

La migración como una estrategia que permite la reproducción del grupo familiar, también genera cambios y rupturas en el interior de las comunidades. Para enfrentarlos desarrollan lazos de solidaridad.



Santa Teresita, con collares de palomitas de maíz, adorno típico otomí.
Jiquipilco, Estado de México.
Fotógrafo Jorge Pascual, 2000.
Acervo personal.

dalupe, a San Pedro, San Miguel, San Juan, San Santiago Apóstol y Santa Teresa, entre otros. Las mayordomías, las mesas directivas y los grupos de danzantes son los encargados de organizar y planificar durante todo el año estas celebraciones. Existen desde las mayordomías cuyos cargos son numerosos y permanentes, hasta las que cambian cada año. Las más complejas, además de los mayordomos principales cuentan con fiscales y oficiales. Así también están las que

sólo tiene un mayordomo o un solo fiscal. La elección para estos cargos recae en personas de sólido prestigio en el interior de las comunidades. La organización interna de las mayordomías varía. Algunas de ellas tienen una estructura jerárquica, como es el caso de la mayordomía del Señor de la Exaltación (14 de septiembre) del pueblo de Santa Cruz Tepexpan (Jiquipilco), que cuenta con seis mayordomos, en orden jerárquico, y un número aproximado de 100 oficiales. Los cargos son permanentes y hay personas que se han mantenido por 25 años como mayordomos primeros. La principal responsabilidad dentro de la organización recae en los mayordomos, mientras que los oficiales deben ayudar en el trabajo y cooperar para la compra de los cohetes y la pólvora que los “pedreros” —especie de coheteros— utilizarán en los festejos. Los mayordomos primeros son quienes recolectan el dinero que aportan los miembros de la organización y llevan el control de los gastos colectivos. La ayuda de los oficiales, muchos de los cuales están emparentados con alguno de los mayordomos principales, es esencial para que éstos cumplan con sus responsabilidades. Esta jerarquía no implica una relación de subordinación, ya que constantemente, y en el mismo desenvolvimiento de la fiesta, se realizan reuniones de todos los mayordomos para decidir ciertos aspectos.

Las mayordomías, las mesas directivas y los grupos de danzantes son los encargados de organizar y planificar durante todo el año las celebraciones.

Otro ejemplo de estructura jerárquica son las 24 mayordomías del pueblo de San Jerónimo Acazulco (Ocoyoacac), en las que existen diversos cargos: regidores, mayordomos y topiles. La organización interna varía, pues no todas cuentan con todos los cargos. En algunas, el cargo es ocupado por mujeres, y en otras, por hombres; asimismo, hay mayordomías cuyos cargos son hereditarios y de por vida y otras en las que éstos se renuevan cada determinado tiempo.

En la mayordomía del pueblo de Ocoyoacac, en cambio, que acude cada año a la festividad del Señor de la Exaltación (14 de septiembre), no existe una jerarquía definida; está compuesta por diez parejas de mayordomos, quienes comparten por igual la responsabilidad de la peregrinación al santuario del Señor del Cerrito (Jiquipilco). Estos mayordomos son relevados cada año en una ceremonia que se realiza al final de la misa principal del último día de la fiesta.

Las mayordomías dan un sentido de identidad y pertenencia a los barrios y fortalecen los vínculos solidarios en cada

pueblo. En ocasiones, esta red de relaciones engloba a todo el municipio, como es el caso de la fiesta del Señor Santiago en Temoaya: en la cabecera del municipio, se reúnen las mayordomías de todos los pueblos, y durante más de una semana llevan a cabo una serie de actividades ceremoniales, entre las que destacan las procesiones, las ofrendas y las danzas. Esta fiesta articula, antes y después del 25 de julio —día de Santiago Apóstol— un circuito de celebraciones en el ámbito de cada localidad, al igual que las visitas del resto de los pueblos.

LAS REDES SOCIALES Y REGIONALES DE LA VIDA CEREMONIAL. LOS SANTUARIOS

Los pueblos indígenas ubicados históricamente en el territorio del actual Estado de México han estado vinculados por complejos procesos históricos, que explican cómo estos pueblos otomianos han llegado a compartir diversas prácticas culturales. Actualmente una de las expresiones más vigorosas es el culto a los cerros. Los miem-



Capillero de Acazulco, llegando al santuario. Jiquipilco, Estado de México.
Fotógrafa Guadalupe Barrientos, 1998.
Acervo personal.

bro de estos grupos visitan durante el año varios santuarios, algunos de ellos localizados en la cima de los cerros, configurando una especie de circuito ritual cuyos puntos específicos varían de una comunidad a otra. De esta manera, se establecen redes sociales en toda la región, que delinear un intenso flujo de hombres y mujeres con prácticas culturales entretejidas por sus respectivos calendarios rituales.

Los lugares que conforman estos circuitos rituales pueden variar, dependiendo de cada comunidad. De acuerdo con los da-

tos de campo, los lugares más importantes a los que acuden los otomíes son: el santuario del Señor del Cerrito (Jiquipilco); el Cerro la Campana, el cerro de Santa Cruz Ayotusco (Huixquilucan); Santa Ana Nichi y Santa Ana —“El Divino rostro”— (Ixtlahuaca), Chalma y Chalmita; la Capilla (Jiquipilco) y el santuario del Señor Santiago (Temoaya); el santuario del Señor del Llanito en Tlalpujahuá (Michoacán), Valle de Bravo, Los Remedios (Naucalpan) y la tradicional Villa de Guadalupe. Las visitas se pueden organizar en el ámbito de cada fa-

La realización de fiestas y de peregrinaciones implica un fino tejido de obligaciones recíprocas y una amplia red de apoyo.

milia, de los grupos familiares, de las mayordomías o de todo el pueblo.

La realización tanto de las fiestas de los santos patronos como de las peregrinaciones implica, en sus diversas expresiones, un fino tejido de obligaciones recíprocas y una amplia red de apoyo que trasciende los lazos familiares y del pueblo. Cada mayordomo, para cumplir con su participación en las ceremonias, cuenta con el apoyo de los grupos familiares (no necesariamente emparentados con él), quienes contribuyen ya sea con trabajo, comida, flores, o, en ocasiones, con dinero. A partir de esta ayuda, los participantes quedan unidos por un vínculo ceremonial y social, expresado y definido por ellos con el término de “compadritos”. Los mayordomos, los “capilleros” —especie de curanderos otomíes— y los danzantes también utilizan la palabra compadritos para llamarse entre sí; este tipo de relación expresa otro criterio para la vinculación social.

Los lazos de ayuda trascienden los límites del pueblo cuando se trata de la or-

ganización de las peregrinaciones en las que participan varias comunidades, como es el caso de las visitas a Chalma y Chalmita, y a la Villa de Guadalupe, entre otras. Por ejemplo, tradicionalmente, una mayordomía de Temoaya es la encargada de llevar la “portada” de flores para la celebración de la Santa Cruz en el Santuario del Señor del Cerrito, y a las comadritas y compadritos del pueblo de Santa Cruz Tepexpan les corresponde cooperar con la portada de flores para el festejo de San Miguel, en San Miguel Yuxtepec, un pueblo cercano a Tepexpan. Esto implica una serie de preparativos, en los que varias familias ayudan a los compadritos responsables, y una vez que están listas todas las cosas necesarias, los acompañan en el día de vísperas para llevar la portada de flores en una procesión que realizan a pie de un pueblo a otro. En la mayoría de los casos, los mayordomos son la cabeza visible de un número considerable de compadritos y comadritas que forman sus redes de apoyo.

Protagonistas centrales en esta red ceremonial, junto con los danzantes y mayordomos, son los capilleros. Estos grupos, que proceden de los pueblos centrales del Valle de Toluca y de las localidades ubicadas en la Sierra de la Cruces, despliegan una intensa actividad ritual de peregrinación. En el transcurso del año, dirigidos por



Santuario del Señor del Cerrito. Jiquipilco, Estado de México.
Fotógrafo Jorge Pascual, 2001.
Acervo personal.

uno o más de ellos, los capilleros realizan una serie de visitas a diversos lugares sagrados, entre los cuales los cerros tienen un papel preponderante. La información obtenida a través de entrevistas directas con algunos de ellos revela que su actividad ritual proviene de una tradición heredada de sus padres o parientes cercanos, o que su tarea de curar les ha sido “revelada” en sueños. Parte importante de este poder de sanación radica en la visita a los santuarios. Estos especialistas rituales pertenecen a una asociación, donde la admi-

sión de un nuevo miembro debe ser sancionada por uno o más de los integrantes, en complejos rituales que implican la visita de varios lugares sagrados. Los capilleros son también trabajadores “del tiempo”; en otros lugares se les conoce como graniceros o tiemperos.

LAS OFRENDAS RECÍPROCAS

Las prácticas ceremoniales de los ñähñu están orientadas por sus concepciones acerca del mundo natural y sobrenatural, las cuales también se expresan en la vida

social del grupo. Históricamente, los indígenas de esta región han otorgado a los cerros un lugar central en muchos aspectos de su vida, y como ya vimos, han ubicado lugares de culto en su cumbre. Los vínculos sociales se trasladan y se reproducen en el paisaje; es decir, hay una idea muy generalizada de que los cerros están emparentados entre sí, lo mismo que las entidades veneradas en ellos. Por ejemplo, la gente dice que el Señor del Cerrito y el Señor de Chalma son hermanos, al igual que el Cerrito Santa Cruz Tepexpan, el Cerro la Campana y el Cerro de Santa Cruz de Ayotusco.

Además, en los numerosos relatos se concibe a los cerros y los grandes peñascos como sitios repletos de riqueza; en estas narraciones se afirma que se abren el 1 o el 3 de mayo, y que quien penetra en ellos pierde la noción del tiempo. Del Cerrito Tepexpan (Jiquipilco), la gente dice que “los antepasados” contaban que el 2 de mayo, cuando se abría, podía verse un mundo lleno de riquezas, y que quien entraba y no salía a tiempo se quedaba encerrado durante muchos años. Para los

otomíes, estos lugares sagrados son “los da-dores”, los que proporcionan las lluvias, la energía y el sustento, razón por la que se les relaciona con la fertilidad agrícola, la salud y el bienestar en general. Esta capacidad creadora de los santuarios y de las divinidades que habitan en ellos afecta a los productos de la tierra, y a la lluvia, cuya petición hacen los peregrinos en determinadas fechas. Pero así como los santuarios y sus divinidades dispensan “fuerza” al maíz y a los demás frutos, también la otorgan a los hombres y mujeres que acuden a ellos.

Los peregrinos establecen una relación de reciprocidad con las divinidades a las que alimentan a través de ofrendas de fruta, flores, pan, danza, música y “esfuerzo”, es decir, energía, fuerza. La peregrinación es la ofrenda en reciprocidad al vigor y al sustento que de ellos reciben, pues para los otomíes la tierra y su paisaje son entidades vivas. Esta noción de reciprocidad se expresa en las relaciones rituales con las divinidades y también en las relaciones sociales. Los vínculos de ayuda que se establecen tanto en las fiestas de los santos patronos

La peregrinación es la ofrenda en reciprocidad al vigor y al sustento que reciben.

como en las peregrinaciones traen grandes beneficios colectivos; implican una obligación de ayuda recíproca no sólo en la vida ritual sino en otros aspectos de la vida, como por ejemplo la siembra y la cosecha, y el bautizo de los hijos. Las obligaciones de la vida ritual se podrán extender inclusive después de la muerte.

Ya vimos que esta noción de intercambio de ayuda mutua se expresa en la relación con las divinidades. Es decir, los peregrinos alimentan o nutren a la divinidad o al lugar sagrado, y esperan recibir, en contrapartida, una acción similar. Del mismo modo, la relación entre los participantes en la vida ceremonial está definida por la acción de compartir. Cuando se intercambian los alimentos en las comidas colectivas que se llevan a cabo en la cima de los santuarios o en el oratorio familiar, los participantes se convierten en compadritos; lo mismo sucede con quienes comparten la danza o la obligación de dar el esfuerzo o energía personal en ella. Para los otomíes de esta región, el compartir en cualquier situación ritual se define como la adquisición simbólica de un compromiso ético. Las grandes transferencias de recursos para las festividades y peregrinaciones son sólo ejemplos, de los más visibles, de cómo se activan estas redes de obligaciones recíprocas.

LAS DANZAS

Sin duda, las danzas, como organizaciones donde convergen múltiples vínculos sociales, son de vital importancia en la reproducción de la vida ceremonial de los pueblos ñähñu. Mencionar todas las danzas que en la actualidad aún se realizan requeriría un estudio aparte. Hablaremos aquí sólo de las más representativas: “la danza de Arcos” en el municipio de Acambay; “la danza de Vaqueros” en San Jerónimo



“Danza de Moros y Cristianos”. Jiquipilco, Estado de México.

Fotógrafo Jorge Pascual, 2002. Acervo personal.

Las danzas son de vital importancia en la reproducción de la vida ceremonial de los pueblos ñāhñu.

Acazulco y Capulhuac, entre otras comunidades; “la de la Pluma”, que se baila en Santa María Rayón, antes Santa María Xonacatlán; “la de los Arrieros”, que rememora las diversas acciones realizadas por los arrieros, cuando esta actividad tenía una importancia estratégica en la región; “la de los Negritos”, que alude a la población que durante la Colonia y el México Independiente trabajaba en las haciendas cañeras y durante la zafra se llenaba de tizne la cara y el cuerpo; “la de los Inditos”, ejecutada por niños y niñas de cuatro a seis años, bajo la promesa que los padres realizaron al santo; “la danza del Tzi Marekú” en Tlaltenanguito, municipio de Temoaya —realizada en un momento importante del ciclo de reproducción social otomí: el matrimonio—, que es precedida de otros bailes otomíes, como “el Casamiento” y “el baile de los Compadres”; la “danza de los Lobitos” en el sur del Valle de Toluca que junto con “la de los Locos”, danzada en Metepec, es de tipo carnavalesco; “la de las Cintas y la de los Arcos”, en Texcatitlán, y “la de Moros

y Cristianos”, referida a la evangelización. Debe señalarse que las danzas no existen por separado en sí mismas, sino que son parte, como ya lo indicamos, de la intensa vida ceremonial. Su realización está íntimamente vinculada con la organización de los ciclos festivos y rituales, y requiere de la movilización de una importante red familiar y de compadrazgos. Ejemplo de lo anterior, son las danzas de “Pastoras”, y “la de Concheros” o “danza Azteca-Chichimeca”, las más extendidas no sólo entre los otomíes del Estado de México y de otros estados, como el de Hidalgo y el de Querétaro, sino también entre los mazahuas. Es frecuente que los grupos de danzantes acudan a los festejos de los santos patronos a petición de las mayordomías organizadoras, pero hay fechas centrales, como la de la Santa Cruz, en las que asisten de manera autónoma, pues son fiestas de gran relevancia para ellos. Tanto los grupos de Pastoras como los de Concheros asisten a diversos santuarios otomíes y mazahuas del Estado de México. Estos danzantes realizan una intensa actividad en toda la región, al ritmo de los ciclos rituales. En especial, entre los grupos de concheros existen vínculos desde mucho tiempo atrás, basados en la ayuda mutua para llevar a cabo la “obligación”, es decir, la jornada ritual. Algunos establecen el compromiso de asistir en determinadas fiestas para ayudar al grupo

responsable de cumplir la obligación. A cambio, los anfitriones les ofrecen comida y bebida durante la celebración y, en ocasiones, les proporcionan el medio de transporte. También el grupo anfitrión queda comprometido a ayudar en actividades rituales, cuando sea requerido. Estos compromisos pueden durar muchos años, aun cuando se pueden romper por fricciones entre los mandos de cada grupo. La actividad de los concheros delinea una red de relaciones rituales que se despliega en toda la región. El fundamento de estas relaciones es la manera de establecer vínculos entre los distintos grupos a través de compromisos mutuos de ayudarse en la celebración de determinadas actividades rituales.

En la “danza de Pastoras”, la inclusión de niñas tiene una significación social importante, pues las familias conciben la participación de sus hijas como una experiencia colectiva necesaria en su condición de niñas o adolescentes. Quizá podamos entenderlo como parte de una experiencia social dirigida a que los infantes participen de una cultura propia. Desde nuestro punto de vista, los diversos grupos de danzantes otomíes se convierten en espacios estratégicos en los que se recrean y transmiten pautas culturales propias frente a la avasalladora acción hegemónica de la cultura dominante.

LOS PROCESOS HISTÓRICOS

Existe una idea generalizada acerca de que los pueblos indígenas son pasivos y viven aislados y al margen de los procesos históricos. La realidad ha sido otra. El panorama que observamos hoy sólo es posible entenderlo si nos asomamos a las experiencias históricas de los ñähñu, quienes, en el transcurso de su historia, han puesto en marcha diversas estrategias para asegurar su existencia social y cultural.

Procesos determinantes en la configuración actual de los pueblos otomianos son los ocurridos durante las llamadas épocas prehispánica y colonial. En dichos procesos se redefinieron tradiciones culturales y se llevaron a cabo rompimientos y continuidades, cuyos efectos aún podemos percibir en la actualidad.

El territorio en el que hoy se asienta gran parte de los otomíes del Estado de México fue conocido durante la época colonial como la “provincia matlalzinga” Este territorio

Los ñähñu, en el transcurso de su historia, han puesto en marcha diversas estrategias para asegurar su existencia social y cultural, en ese proceso se llevaron a cabo rompimientos y continuidades.

comprende los valles semifríos del Alto Lerma (Toluca-Ixtlahuaca-Atlacomulco) y las zonas de vegas inmediatas al volcán Xinantécatl, que se encuentran hacia el oeste, este y sur. La región central del Valle, por lo fértil de su suelo y la abundancia de agua, fue propicia para el cultivo del maíz, huautli y frijol. Antes de la invasión europea, en el Valle de Matlatzinco existía un intrincado panorama cultural y lingüístico, que presuponía migraciones constantes de diferentes poblaciones indígenas. Fue un área de poblamiento tradicionalmente dominada por grupos otomianos; con la conquista mexicana, el náhuatl se agregó a este complejo panorama, generalizándose en la zona.

La religión de los ñāhñu giraba alrededor de la adoración de sus dioses patronos. Cada divinidad simbolizaba un oficio o fuerza natural y cada pueblo tenía un dios patrón que se identificaba con un antepasado. A muchos de estos dioses se les rendía culto en la cumbre de los cerros. En particular, el culto al fuego estaba muy extendido en toda el área otomiana. Otontecuhltli o Xócotl, Señor de los otomíes, era considerado el dios del Fuego.

El Valle de Matlatzinco aparecía ante los ojos de los tenochcas como un inmenso granero regado por el río Chignahuatenco —hoy Lerma—, cuyas aguas otorgaban una enorme fertilidad. A partir de 1470, inician los tenochcas la conquista militar del

área, llevada a cabo en varias etapas de conquista y sometimiento. Estas campañas, realizadas en distintos años por diferentes gobernantes tenochcas, deben verse como continuas pacificaciones de algunos señoríos rebeldes. Las consecuencias de este proceso de conquista y sometimiento fueron el éxodo ñāhñu hacia la zona de influencia tarasca y el repoblamiento nahua por parte de la Triple Alianza; una vez distribuida la tierra conquistada, se fundaron ahí varias colonias con migrantes provenientes de la Cuenca de México.

Después de la invasión española, los antiguos señoríos del Valle de Toluca fueron reconstituidos territorialmente y organizados en lo que los conquistadores llamaron “pueblos de indios”. La recuperación de estos espacios les aseguró a los pueblos otomianos mejores condiciones para su existencia. No obstante, a partir de ese momento enfrentarían el continuo asedio y disputa de estos espacios, en tanto territorio y recursos naturales, por parte de los colonos españoles y las autoridades virreinales. El periodo colonial se caracterizaría para los otomíes como una continua lucha por conservar y recuperar sus tierras. Entre otras estrategias, pueden mencionarse: primero, el no aceptar las reubicaciones que las autoridades virreinales trataban de imponerles, y segundo, conforme la sociedad colonial fue imponiendo sus leyes e instituciones

(basadas en conceptos europeos) —donde la existencia de documentos y testimonios de propiedad eran vitales para deslindar o amparar los derechos de sus miembros—, los pueblos indígenas aprendieron el nuevo lenguaje y las nuevas reglas del juego para su autodefensa. Es decir, se las ingeniaron para obtener títulos y testimonios de una antigüedad que legitimara sus derechos frente a las autoridades virreinales. Numerosos son los litigios que en esta época emprendieron los pueblos ñāhñu.

En vísperas de la Independencia nacional, la mayoría de la población del estado —tradicionalmente rural y asentada en pequeñas comunidades campesinas— practicaba el mismo tipo básico de economía de autoconsumo que conocieron sus antepasados desde la época prehispánica. Esta vida rural giraba en torno a la explotación de las parcelas familiares de cultivo y de los ejidos y áreas comunales del pueblo o caserío, con la finalidad de asegurar los alimentos para la subsistencia familiar y obtener un sobrante para llevarlo al mercado y adquirir allí otros bienes. La economía de los hogares campesinos se complementaba y reforzaba, especialmente en las temporadas en que el trabajo de la tierra aflojaba, con la producción de diversas artesanías. En esta misma época (fines de la Colonia), la comunidad campesina coexistía con las fincas de los colonizadores hispánicos y



Las “limpias” frente a la cruz y la piedra.
Jiquipilco, Estado de México.
Fotógrafo Jorge Pascual, 2001. Acervo personal.

sus descendientes y sucesores, dueños de ranchos y haciendas en los que núcleos importantes de indígenas habían quedado acasillados como peones. Más adelante, la desamortización de los bienes del clero, por obra de las Leyes de Reforma, alcanzó algunas tierras de las comunidades indígenas. Pero así como habían podido sobrevivir al embate de las haciendas, los pueblos del Valle de Toluca, densos y unidos por fuertes vínculos solidarios, lograron tener

más éxito en la preservación de su patrimonio agrario que los indígenas de otros lugares del país. Muestra de ello es la importancia que hasta la fecha tiene el ejido en el manejo de los recursos naturales de los pueblos.

En 1930 se establecieron fábricas en Cuautitlán y en Villa Cuauhtémoc. Sin embargo, de 1910 a 1930 el desarrollo industrial en todo el Estado de México se mantuvo en un perfil bajo. No es sino en 1940 y 1950 cuando se inicia el moderno proceso de desarrollo urbano e industrial en la entidad. En 1940, como ya vimos, se establece el Corredor Industrial Lerma-Toluca. Y el crecimiento de la zona es tan rápido que entre este año y 1970, la producción industrial del Estado de México llegó a ocupar el segundo lugar en la República, a la vez que éste constituía, junto con el Distrito Federal, el complejo económico más importante del Valle de México. Tanto el incremento de la planta industrial como el demográfico ha implicado la pérdida de las mejores tierras —producto de la oleada de inmigrantes—, debido a que se ha orientado al área plana del vaso lacustre. Lo anterior ha ocasionado una disminución de la superficie cultivable de la llanura y una pulverización de las parcelas ejidales; esta situación ha agravado las circunstancias de sobrevivencia de los campesinos, quienes, en muchos casos, se han visto obliga-

dos a abandonar sus tierras y migrar a los centros urbanos.

MOVIMIENTOS DE RESISTENCIA E IDENTIDAD ÉTNICA

Como ya vimos, los pueblos otomíes han vivido en una constante lucha por la preservación de sus espacios vitales. Es a partir de la década de los setenta cuando los movimientos abiertamente políticos empiezan a consolidarse a través de encuentros y alianzas de organizaciones ñähñu, primero con grupos de tradición otomiana (mazahuas y matlatzincas) y después con otras comunidades indígenas. En 1977, representantes de distintos pueblos firman el Pacto de Matlatzinca, donde expresan: “Nosotros: matlatzincas, otomíes, mazahuas y tlahuicas, habitantes milenarios de esta tierra que ahora forma parte del Estado de México, nos comprometemos a estar unidos en la lucha por el respeto a nuestra identidad.”

Se pronuncian, además, por la devolución de sus tierras, por el reconocimiento y respeto de sus autoridades tradicionales, por la defensa de sus recursos naturales frente a la industrialización anárquica, por el reconocimiento de las lenguas indígenas, en suma, por la autodeterminación de los pueblos indígenas dentro del contexto de la nación mexicana. Como un logro del grupo del Pacto de Matlatzinca, en 1980 se cons-



Fiesta de la Santa Cruz. Jiquipilco, Estado de México.
Fotógrafo Jorge Pascual, 2000. Acervo personal.

truye el Centro Ceremonial Otomí, el cual —hasta la fecha— es el punto de disputa de diversas organizaciones que se adjudican la representación de los pueblos otomíes. Estos conflictos revelan la injerencia de las diversas instituciones y organizaciones del Estado para controlar y mediatizar la acción política de los pueblos indios. En 1987, se da un proceso de reorganización de los diversos grupos, reafirmando la necesidad de trabajar por la unidad cultural de la nación otomí; es entonces cuando se conforma el Consejo de la Cultura de la Nacionalidad Hñätho Hñähñu (otomí). En 1989, se convo-

ca al Primer Encuentro de Nacionalidades Indígenas, donde, con el fin de impulsar la unidad del pueblo otomí, se acuerda la Primera Reunión Nacional del Pueblo Nñätho Nñähñu (otomí), que se llevaría a cabo en 1990, con la asistencia de representantes y autoridades tradicionales otomíes. Por acuerdo de esa reunión, se realiza la Primera Asamblea Nacional Otomí, donde nace el Consejo de la Nacionalidad Otomí, que cuenta con representaciones de las regiones de Tlaxcala, Michoacán, Veracruz, Puebla, Hidalgo, Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí, Distrito Federal y Estado de México.

Después del levantamiento zapatista de los indígenas chiapanecos, se revitaliza el movimiento político y cultural de los pueblos indígenas, y los otomíes participan en este nuevo auge. Muestra de ello es que en la llamada Marcha de la Dignidad Indígena emprendida por los zapatistas hacia la ciudad de México en 2001, Temoaya (Centro Ceremonial Otomí) y Toluca fueron escenarios de una multitudinaria recepción a los insurgentes indígenas.

PERSPECTIVAS: EL FUTURO DE LOS OTOMÍES

Ante el panorama que nos presenta una economía y una política de expansión mundial, parecería que los pueblos otomíes, insertos en una de las regiones más industrializadas y urbanizadas del país, están en una posición irremediable de desventaja para sobrevivir como cultura propia y diferente.

Su actividad económica fluctúa principalmente entre las labores del campo (cultivo, siembra, cosecha y almacenamiento), el rentismo parcelario, el pequeño comercio y el trabajo asalariado. Indudablemente, “sembrar” significa para ellos algo más que una actividad económica de subsistencia. Sin embargo, la presión de la dinámica económica y política capitalistas los han llevado a diversificar sus estrategias económicas, y muchos han abando-

nado el trabajo agrícola. En numerosos casos, son arrancados por la migración a ciudades cercanas o tan lejanas como las de Estados Unidos. La expulsión masiva de hombres y mujeres indígenas más allá de las fronteras nacionales es una de las consecuencias más dramáticas y visibles de la economía global. Los pueblos se vacían y les son arrebatados nichos de riqueza ecológica muy preciados por las corporaciones que desarrollan alta biotecnología. No obstante, sus experiencias históricas han enriquecido su herencia cultural, ya que continuamente crean y reformulan estrategias para mantenerse como cultura en sus lugares de origen o en los nuevos espacios donde la migración los ha llevado. La vida ceremonial, los movimientos de reivindicación política, las maneras de concebir el mundo, la naturaleza en su relación con los hombres, la forma de entender y organizar la vida colectiva —fundada siempre en relaciones de ayuda mutua y de reciprocidad—, entre otras cosas, son los recursos con que cuentan para enfrentarse nuevamente a un tiempo crítico. Por nuestra parte, haríamos bien en reconocer la viabilidad de sus formas y lógicas culturales, su protagonismo histórico y su clara intencionalidad de persistir como culturas frente a un proyecto de sociedad que excluye a la inmensa mayoría de los habitantes de este planeta.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBORES, Beatriz, *Tules y sirenas. El impacto ecológico y cultural de la industrialización en el alto Lerma*, Toluca, México, El Colegio Mexiquense, 1997.
- _____, "Los quicazcles y el árbol cósmico del Olotepic, Estado de México", en Beatriz ALBORES y J. BRODA (eds.), *Graniceros, cosmovisión y metereología indígenas de Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / El Colegio Mexiquense, 1997, pp. 379-446.
- ALVA, Bonifacio E., *Xonacatlán. Monografía municipal*, Toluca, México, Gobierno del Estado de México / Instituto Mexiquense de Cultura, 1998.
- _____, *Apuntes monográficos del municipio de Jiquipilco, Estado de México*, Toluca, México, Talleres Linotipográficos de la Escuela Industrial de Artes y Oficios, 1928.
- ARIAS Flores, Marisol, *Atlacmulco. Monografía municipal*, Toluca, México, Gobierno del Estado de México / Instituto Mexiquense de Cultura, 1997.
- BARRIENTOS L., Guadalupe, "El Cerrito Tepexpan: sustentador de vida. Ritual y reproducción cultural de mazahuas y otomíes en el altiplano de Ixtlahuaca", tesis de Maestría en Historia y Etnohistoria, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2001.
- CARRASCO, Pedro, *Los otomíes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1950.
- COLÍN, Laura, *Ritual y conflicto*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1994.
- DOW, W. James, *Santos y supervivencias*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional Indigenista, 1990 [1973].
- _____, "Otomíán and Purépechan Cultures of Central México", en J. MONAGHAN (ed.), *Handbook of Middle American Indians, Ethnology Supplement*, Austin, University of Texas Press, 2000, pp. 65-82.
- EMBRIZ, Arnulfo (coord.), *Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México, 1990*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1993.
- JARQUÍN ORTEGA, María Teresa, "Apuntes sobre las congregaciones de indios en el Valle de Toluca", en Elvia MONTES DE OCA y M. del Pilar IRACHETA C. (coords.), *Estado de México, tras la huella de su historia*, México, H. Ayuntamiento Constitucional 1994-1996 de Toluca / El Colegio Mexiquense, 1996, pp. 51-69.
- MANCILLA SÁNCHEZ, Alma y Héctor CHAPA SILVA, "Cosmovisión y religiosidad popular entre los otomíes de San Jerónimo Acazulco, Estado de México", en *Ciencia ergo sum*, sección: Ciencias humanas y de la conducta, <http://ergosum.uaemex.mx/julio01/ppjul01.html>, vol. 8, núm. 2, México, Universidad Autónoma del Estado de México, julio de 2001.
- MENEGUS, B. Margarita, "La organización económico espacial del trabajo indígena en el valle de Toluca, 1530-1630", en Manuel MIÑO (comp.), *Haciendas, pueblos y comunidades*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, pp. 21-51.
- _____, *Del Señorío indígena a la República de Indios. El caso de Toluca 1500-1600*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- MIÑO, Manuel (comp.), *Haciendas, pueblos y comunidades. Los valles de México y Toluca entre 1530 y 1916*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.
- QUEZADA, Noemí, *Los matlatzincas. Época prehispánica y época colonial hasta 1650*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Departamento de Investigaciones Históricas, 1972.
- ROMERO Quiroz, Javier, *El volcán Xinantécatl*, Toluca, México, Gobierno del Estado de México, 1963.
- _____, *El Estado de México. Guía*, Toluca, México, Ediciones del Gobierno del Estado de México, 1967.
- _____, *Alcaldías, corregimientos y ayuntamientos del Estado de México*, Toluca, México, Instituto Mexiquense de Cultura / Gobierno del Estado de México, 1990.
- _____, *Jiquipilco*, Toluca, México, Instituto Mexiquense de Cultura / Gobierno del Estado de México, 1991.

- ROSENZWEIG, Fernando, *et al.*, *Breve historia del Estado de México*, Toluca, México, El Colegio Mexiquense / Gobierno del Estado de México, 1987.
- SANDOVAL, Eduardo y Marcelino CASTILLO NECHAR, *Danzas tradicionales. ¿Actualidad u obsolescencia?*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 1998.
- SOUSTELLE, Jacques, "Le culte des Oratoires chez les Otomis et les Mazahuas de la Région D'Ixtlahuaca", en *El México antiguo*, tomo III, núms. 5-8, México, 1935, pp. 97-117.
- _____, *Los cuatro soles, origen y ocaso de las culturas*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1969.
- _____, *México, tierra india*, México, Diana (SEP-Setentas), 1980.
- _____, *La familia otomí-pame del centro de México*, México, Universidad Autónoma del Estado de México / Instituto Mexiquense de Cultura, 1993 [1937].

CARACTERÍSTICAS DE LA POBLACIÓN EN HOGARES OTOMÍES, 2000¹

	Total	%	Hombres	Mujeres
Población en hogares otomíes	279 036		135 520	143 516
Hablantes de lengua indígena ²	104 579	37.5	49 967	54 612
No hablantes de lengua indígena	143 279	51.3	69 712	73 567
No especificado	31 178	11.2	15 841	15 337
Población de 0 a 4 años	30 233	10.8	15 351	14 882
Población de 5 a 14 años	70 955	25.4	35 533	35 422
Población de 15 a 24 años	59 774	21.4	29 682	30 092
Población de 25 a 44 años	65 194	23.4	30 972	34 222
Población de 45 a 64 años	34 929	12.5	16 512	18 417
Población de 65 y más años	16 923	6.1	6 977	9 946
Población de edad no especificada	1 028	0.4	493	535
Población de 15 años y más	176 820		84 143	92 677
Sin instrucción escolarizada	38 732	21.9	11 798	26 934
Con algún grado de primaria	78 695	44.5	38 692	40 003
Con posprimaria	57 014	32.2	32 595	24 419
No especificado	2 379	1.3	1 058	1 321
Población ocupada	86 145		60 697	25 448
Ocupados en actividades agropecuarias ³	12 428	14.4	11 081	1 347
Ocupados sin ingresos ⁴	8 823	10.2	6 280	2 543
Viviendas	52 239			
Con agua entubada	45 079	86.3		
Con drenaje	21 713	41.6		
Con electricidad	49 022	93.8		

Notas

¹ Se refiere a la población en hogares en donde el jefe, el cónyuge o algún ascendente declaró ser hablante de lengua otomí.

² Incluye hablantes de otomí y de otras lenguas indígenas de 5 años y más.

³ La diferencia entre la población ocupada y aquella en actividades agropecuarias está distribuida en otras actividades económicas.

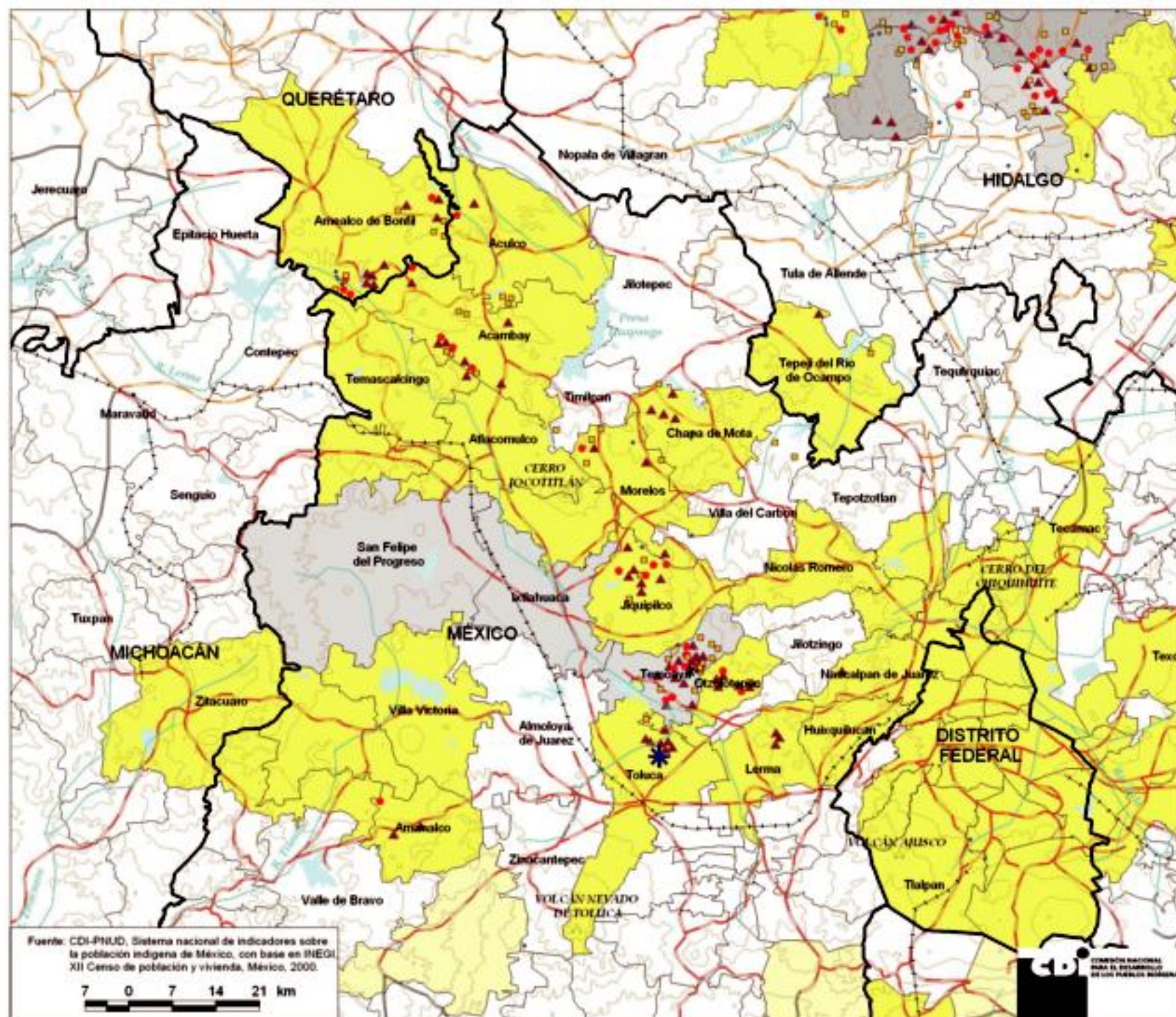
⁴ La diferencia entre la población ocupada y aquella sin ingresos está distribuida en otros rangos de ingresos.

Fuente: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas / Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, "Sistema Nacional de Indicadores sobre la Población Indígena de México", 2002, con base en *XII Censo General de Población y Vivienda*, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 2000.

Otomíes del Estado de México, de Guadalupe Barrientos López, se terminó de imprimir en diciembre de 2004 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V., San Lorenzo Tezonco 244, Col. Paraje San Juan, Deleg. Iztapalapa, C.P. 09830, México, D.F. El tiraje fue de 6 000 ejemplares.

Las tareas de digitalización y retoque de imágenes, composición tipográfica, diagramación y cuidado de edición estuvieron a cargo de la Coordinación Editorial de la CDI.

Otomíes del Estado de México: localidades con población indígena donde el otomí es la lengua predominante, México, 2000.



* Referido al porcentaje de Población en Hogares Indígenas, respecto a la población total del municipio